

Introducción

«Tarde te amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé. Y he aquí que Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y fuera te buscaba yo, y deforme como era, me arrojaba sobre esas cosas hermosas que Tú creaste» (*Confesiones*, libro X, 27, 38). En estas palabras de San Agustín se concitan alegría y añoranza, sorpresa y desilusión, al igual que paz por la posesión de un bien e inquietud por haberlo descubierto tarde. Ellas nos pueden servir muy bien para ilustrar una experiencia que se da hoy y se ha dado siempre en tantos matrimonios cristianos.

Con el paso del tiempo, con las tareas y responsabilidades que trae consigo la vida matrimonial y la educación de la prole, puede ocurrir que «falte el vino» (Jn 2, 3). Se pierde la alegría inicial y después de un tiempo los esposos olvidan la grandeza y profundidad del misterio conyugal que envuelve el matrimonio cristiano.

Este libro quiere de algún modo convertir el agua en vino: quiere devolver la alegría a los esposos recordando, a partir de algunos textos directa e indirectamente relacionados con la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia* (19 de marzo de 2016) del Papa Francisco, las pequeñas perlas o tesoros escondidos (Mt 13, 44-46) que hay que rescatar una y otra vez para que su brillo ilumine las vicisitudes y circunstancias concretas de la vida matrimonial y familiar. Si tuviéramos que resumir el contenido del mismo, lo haríamos

bajo la expresión «amor incondicional». El corazón del hombre ansía un amor que no encuentre límites. Queremos ser amados para siempre y no a pesar de nuestros defectos y debilidades, sino más bien teniéndolos presentes. Este anhelo intrínseco al corazón del ser humano está vinculado a nuestra condición personal, pues solamente si experimentamos este tipo de amor, tomamos conciencia de lo que somos, valiosos en sí mismos, amados no por lo que tenemos o hacemos, sino por quienes somos. Así es como descubrimos que lo más valioso que hay en mí, soy yo y que lo más valioso que hay en ti, eres tú. Y la familia es precisamente el ámbito privilegiado donde se hace experiencia de este amor incondicional y, por ello, aunque no solo en este aspecto, es reflejo del amor de Dios. Los ensayos que ahora presentamos hablan de este amor sin condiciones.

El primer ensayo nos invita a descubrir en la *Amoris Laetitia* la tradición de la Iglesia acerca del matrimonio. Efectivamente, el texto magisterial busca recuperar la sabiduría del pasado y nos invita a aplicarla al mundo de hoy desde el «hospital de campaña» que es la Iglesia. El segundo escrito es una relectura del Himno a la Caridad, desde la perspectiva de la *Amoris Laetitia*. A partir de la sentencia paulina «el amor no busca lo suyo», el autor va desentrañando qué significa y qué está escondido en lo que llamamos caridad y cómo se aplica a la vida matrimonial. La dimensión generativa de los esposos es analizada en el tercer capítulo, donde se subraya cómo la cultura de hoy ha desterrado esta dimensión de la persona y nos recuerda que la generación humana no es solo biológica, sino fundamentalmente espiritual. De ahí que los esposos estén llamados a una generación que va más allá de un momento

o instante y que se prolonga a lo largo de la vida. Unida a la generatividad, se encuentra la fecundidad matrimonial que al igual que en el capítulo anterior, es una dimensión humana que sobrepasa lo meramente biológico. Los afectos, tan importantes en el crecimiento y desarrollo personal, son abordados en el quinto capítulo en el contexto de la *Amoris Laetitia*. La persona hace experiencia de su ser único e irrepetible en la medida que es amada por sí misma, y los afectos son el primer vehículo para ello. Los esposos deben amarse por sí mismos, al igual que a los hijos y los hermanos entre sí. Los conceptos de familia y sociedad civil son analizados en el capítulo séptimo donde se subraya cómo han sido diluidos y difuminados en el marasmo de la postmodernidad y cómo de algún modo, la *Amoris Laetitia* recupera lo que en ellos hay de universal y válido en todo tiempo y lugar. El siguiente y último capítulo nos invita a redescubrir la acción del Espíritu Santo en el matrimonio y en todas las dimensiones desarrolladas en los capítulos anteriores. Es un tema de importancia central en la gozosa pero también abnegada vida matrimonial. Estamos ante el dador de toda vida, de descanso en el duro trabajo, ante quien es verdaderamente consolador en el llanto y también, además de otros atributos, dulce huésped del alma.

Esperamos que estos ensayos, nacidos de una reunión científica donde académicos, profesores y alumnos reflexionamos sobre la riqueza y actualidad de la *Amoris Laetitia*, salgan de las aulas y vivifiquen y fecunden la vida de los matrimonios y las familias.

Rafael Fayos Febrer
Eduardo Ortiz Llueca

La «antigua novedad» de *Amoris Laetitia*

Ángel J. Barahona Plaza
Universidad Francisco de Vitoria

1. *Status quaestionis*

Todas las intervenciones pontificias han sido siempre oportunas y adecuadas a los tiempos en los que fueron promulgadas. En una época como la nuestra en la que predomina una alegría que quiere ser desenfadada pero resulta amarga, con cierto grado de cinismo y de desconfianza hacia los otros, nada más oportuno que una exhortación con este título: la alegría del amor.

El mismo título es una declaración de intenciones: quiere expresar «que el amor comporta alegría», y que el contexto para que este se dé es la familia. Si la familia parece ser en nuestros días el centro de todas las miradas, tanto para sus detractores políticos y sociales como para sus defensores, es porque hay mucho en juego. A pesar de todo lo sucedido en torno a la familia, esta sigue vigorosa y sigue siendo una necesidad para la humanidad. No obstante, se reclama urgentemente un cambio de mentalidad. Vivimos en una sociedad plural, que acepta poca normatividad moral, y que reclama altas dosis de comprensión y de misericordia. Desde el primer capítulo, desde los números 9 al 30 se recoge casi toda la teología precedente respecto a la familia creada «a imagen de Dios»: por la fecundidad (nº 11) y por

la comunión (nº 11-12); se define la misión de ser fecunda aportando algunas notas sobre lo que significa la filiación, ser «hijo» (nº 14 y 18); sobre la necesidad de rescatar la idea de «iglesia doméstica», «mesa eucarística» (nº 15); lugar privilegiado de la formación (nº 16-17).

Todo ello con un realismo inequívoco: en la familia se sufre (nº 19-22), porque no está exenta de dolor, de mal y de violencia, y de otros imponderables que la afectan circunstancialmente por la vida social, la política, la revolución sexual operada tras la Segunda Guerra Mundial, la precariedad laboral, y otras amenazas actuales (nº 23-24-25-26). Nada que no sea reparable por el amor y el recurso a la familia de Nazaret como paradigma (nº 27-30).

Es el centro de los ataques políticos y sociales, a la vez que se la reconoce como la institución más valorada. Es la tensión de siempre entre «quiero lo que sé que da la familia»: seguridad, protección frente a la intemperie, cierto placer; y «no quiero lo que comporta»: cierto grado de cesión de libertad, de sufrimiento, de normativismo. Todo es propio del infantilismo colectivo en el que estamos inmersos que prefiere imitar que pensar: deseo lo que parecen desear todos, pero no sé qué desean; hago lo que hacen todos, pero no sé por qué.

No es el lugar para desarrollar una teoría del deseo, pero nos podemos permitir un par de afirmaciones genéricas bastante fáciles de constatar: lo que deseamos es no sufrir porque pensamos que el sufrimiento –asociado siempre al dolor– no tiene sentido. Es el escándalo de la cruz que está en el centro de toda ley, de toda norma social, de toda política educativa. La segunda, es que nos da cierta seguridad, en la incertidumbre psicológica en la que vivimos, hacer miméticamente lo

que hacen todos. Ir contra corriente necesita un plus de valor y de riesgo que no es fácil de asumir. En el tema del matrimonio y de la educación de los hijos esto es fundamental¹.

Tenemos que superar dos dificultades a la hora de leer *Amoris Laetitia* (AL): la primera es que vivimos en una inflación de palabras y lugares comunes que creemos compartir lo que significan, pero sólo lo hacemos de manera superficial. Todo nos suena y es difícil escuchar o entender qué queremos decir cuando todo parece ser conocido. La complejidad semántica de las palabras, que se han convertido para nosotros en lugares teológicos comunes, es impresionante. La segunda dificultad es que es imposible asumir toda la doctrina que ha ido acumulándose en el pontificado del Santo Padre Francisco. Su manera de comunicar es muy libre, crea conceptos talismán que llegan a lo profundo del corazón, pero a veces encierran un mar sin fondo de significados ambiguos.

Lo bueno es que, como es el caso de AL, nos obliga a ahondar y poner en juego toda nuestra capacidad de atención, porque la casuística concreta es para el Santo Padre algo insoslayable. La misericordia y la justicia no son generalizables. Mucho menos cuando la variedad de conflictos que se suscitan en las relaciones humanas muchas veces han de dirimirse en el límite de ambos conceptos.

El primer escollo para afrontar es la inextricable relación entre misericordia y justicia (en casi todas las

¹ Cf., Á. Barahona, *En defensa de la vida y de la mujer*, Critería, Madrid, 2012; *Una sola carne*, Caparrós, Madrid, 1994; *La oración, fuerza que cambia el mundo*, BAC, Madrid, 2016, Serie «Fe y razón» nº Coord. I. Catela, Capt. 3). «La oración en familia transforma el mundo». 175-188; *Somos familia*, Monte Carmelo, Burgos, 2016, Coord. J. Antúnez. Capt. «Ser padre: tarea y misión», pp. 35-44.

encíclicas, exhortaciones y cartas apostólicas encontramos esa íntima unión²: pero en AL es fundamental) a la hora de afrontar el problema de los matrimonios o las relaciones de pareja en general.

El segundo, la importancia de recuperar lo esencial del amor humano según el diseño de amor de Dios, en las generaciones de jóvenes que no pisan la Iglesia y que proceden de padres y abuelos católicos que no han sabido mostrar el valor inconmensurable de la fe a sus descendientes.

El mismo título de la Exhortación, como hemos dicho, es una declaración de intenciones que quiere expresar que la fe y el amor comportan alegría, y que el contexto más idóneo para que estas se den es la familia. Si la familia parece ser en nuestros días el centro de todas las miradas, tanto para sus detractores políticos y sociales como para sus defensores, es porque hay mucho en juego. A pesar de todas las leyes que se han promulgado en contra de la familia –pretendiendo irónicamente defenderla– esta sigue vigorosa y sigue siendo una necesidad para la humanidad.

² Encíclicas: *Lumen Fidei*, sobre la fe (29 de junio de 2013); *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común (24 de mayo de 2015); *Fratelli tutti*, sobre la fraternidad y la amistad social (3 de octubre de 2020). Exhortaciones apostólicas: *Evangelii Gaudium*, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (24 de noviembre de 2013); *Amoris Laetitia*, sobre el amor en la familia (19 de marzo de 2016); *Gaudete et exsultate*, sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo (19 de marzo de 2018). *Christus vivit* (25 de marzo de 2019); *Querida Amazonía* (2 de febrero de 2020). Cartas apostólicas: en forma de *Motu proprio* que establece modificaciones en *materia de justicia* (8 de febrero de 2021). Carta apostólica *Patris corde*, con motivo del 150 aniversario de la declaración de San José como Patrono de la Iglesia universal (8 de diciembre de 2020); Carta apostólica en forma de *Motu Proprio Aperuit illis* con la que se instituye el Domingo de la Palabra de Dios (30 de septiembre de 2019). Carta Apostólica *Misericordia et misera*, con motivo de la clausura del Año Santo Extraordinario de la Misericordia (20 de noviembre de 2016).

La lucha en la época que nos ha tocado vivir es, en parte, de carácter intelectual, porque el campo de batalla es la nueva concepción de la ciencia, su utilización política como ideología. La batalla ya no está en la moral o en el dogma, esa está perdida de antemano porque lo moral ya es lo que opina la mayoría, sino en la reivindicación del sentido común. Chesterton lo advirtió: el sentido común es la carencia más grande de nuestro tiempo. Todo se ha llenado de ideas cristianas que se han vuelto locas. La igualdad se ha transformado en igualitarismo, la libertad está rodeada de esclavitudes, la fraternidad se ha convertido en mero respeto por miedo a las respuestas del otro a mis iniciativas. La defensa de la inocencia de todas las víctimas de este mundo, que puso en marcha Cristo, se ha convertido en victimismo reivindicativo asfixiante. Los indicadores del apocalipsis del que hablan los ateos es el que preanunciaba el Evangelio. Pero no es tanto el peligro de la extinción de la naturaleza – su supervivencia estará supuestamente asegurada con las nuevas políticas de la sostenibilidad– sino de la extinción de lo humano. La Iglesia tiene que convertirse en guardiana de la carne, del sexo y de la propia materia. Justo esto, que es lo que se creía el producto de la liberación, que quería librar la revolución contra el catolicismo del 68, es lo que necesita ser liberado de la liberación. Se va a hacer necesario que «todo vuelva a empezar en Dios»³.

Estamos ante una situación extrema:

«La misión no puede sino volver a lo esencial, a su dimensión escatológica: la de la esperanza; lo que significa la primacía de la evangelización por encima de

³ F. Hadjadj, *La suerte de haber nacido en nuestro tiempo*, Rialp, Madrid, 2016, p. 34.

toda politización y la prevalencia de la metafísica sobre la moral... Porque donde deja de existir la esperanza, la moral no se sostiene, [y donde la metafísica es expulsada es imposible fundamentar la moral]. Se trata, por lo tanto, antes que de una moral, de replantear la bondad del ser, porque ha sido creado y porque ha sido salvado. Cuando se destruyen las esperanzas mundanas, la esperanza teologal puede reabrir un futuro»⁴.

Hoy el pesimismo nos circunda, la pérdida de la esperanza –como virtud teológica– nos hace vivir agónicamente. Por el miedo a nosotros mismos, y a los demás, hemos techado el cielo. La ciencia, prometedora del bienestar, la hemos convertido hoy en la alquimista-bruja que crea bombas inteligentes, drones, virus, y contaminación, a la vez que habla de salvación, de salud, de facilitar la felicidad. Nos hemos vuelto sutiles talibanes regulando toda nuestra vida privada en función de ideologías científicas: lo que hoy en día se puede o no se puede hacer, deja corta la supuestamente castrante moralidad católica. En aras de hacer prevalecer la misericordia hemos perdido el sentido común. En el camino de hacer justicia hemos perdido el discernimiento en el juicio en favor de un posicionamiento ideológico irracional. La justicia se codifica en torno a los derechos de determinados tipos de víctimas. Encontrar el punto de equilibrio es una de las arduas tareas que acomete la exhortación.

Otro gran escollo que la exhortación trata de recuperar poniendo el énfasis en la ternura, en las relaciones altruistas, en la generosidad, en la mirada, en la paciencia, etc., a través del comentario al Himno a la Caridad paulino, desde el nº 0 al

⁴ *Ibidem*, pp. 36-37.

nº 19, es la superación del narcisismo que preside, consciente o inconscientemente, todas nuestras relaciones.

Gran parte de lo que está aconteciendo en nuestra sociedad actual: los crímenes, la violencia política y sexual, la soledad, el resentimiento, los suicidios son excrescencias de este narcisismo que yo llamo narcisismo de ratificación, y que debe mucho al llamado «perverso» a lo largo de la historia de la psicología. Las consecuencias del narcisismo en el que vivimos, del que no somos conscientes, suelen pasar inadvertidas, porque se expanden en niveles aparentemente menos dolorosos, pero no por eso menos significativos. Las tendencias al aislamiento, a vivir la vida a la defensiva, el miedo al otro, temor al futuro, a las relaciones comprometidas, el sometimiento en el trabajo y la vida cotidiana a la evaluación de los demás, su aceptación o rechazo, son un índice de insatisfacción permanente que genera un verdadero «malestar en la cultura», que parecía traducírse nos de manera natural a partir del 68 en mayor libertad y bienestar.

AL no trata de resolver cada abismo, ni de recuperar el dogma, sino de proponernos repensar nuestras relaciones y cotejarlas con la fe para afrontar los retos que nos presenta el siglo XXI, en materia de amor, sexualidad, matrimonio, familia, y educación. La idea es que hemos llegado a un punto en el que la voz de los profetas se hace necesidad urgente. Así, la desintegración de los lazos amorosos y familiares, la expulsión de los abuelos a las residencias y otras formas más drásticas que nos esperan en el futuro, la banalización de la sexualidad desvinculada del matrimonio y de la reproducción, la minusvaloración y degradación del padre, ha sacado a la luz ese espíritu profético renovado. La irrupción de la soledad como un fenómeno patogénico y el construccionismo del propio cuerpo,